

AMERICANÍA

REVISTA DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
DE LA UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE DE SEVILLA
NÚMERO 23 ENERO - JUNIO 2026 NUEVA ÉPOCA

Sociabilidades literarias en la Bolivia del siglo XIX. Una propuesta metodológica

kurmi.soto.velasco@gmail.com

Kurmi Soto¹
Universidad Complutense de Madrid.

Resumen

Este artículo propone una aproximación metodológica al estudio de las prácticas asociativas de los escritores bolivianos del siglo XIX, entendiendo la literatura no como una producción individual aislada, sino como el resultado de redes intelectuales concretas. A partir de los conceptos de sociabilidad desarrollados por historiadores como Maurice Agulhon y Roger Chartier, se examinan las formas de asociación cultural – tertulias, ateneos, círculos y sociedades literarias– en diálogo con la prensa y el contexto político de la época, para demostrar cómo estructuraron y consolidaron la naciente esfera pública. Tras un breve panorama de los antecedentes teóricos y regionales, el texto se centra en el caso boliviano mediante ejemplos documentados de asociaciones y publicaciones periódicas, para señalar la relevancia de estos espacios en la producción literaria y científica, como también en los procesos de modernización simbólica. La propuesta sostiene que estas sociabilidades literarias fueron fundamentales para la construcción de una identidad intelectual nacional a falta de una institucionalidad estatal consolidada.

Palabras Clave: Sociabilidad literaria-asociacionismo-élites letradas-redes intelectuales

¹ Doctoranda en el programa de Literatura hispanoamericana en la Universidad Complutense de Madrid. Obtuvo su maestría en Letras, Lenguas y Artes en la Escuela Normal de Lyon. Ha enfocado su investigación en literatura del siglo XIX, con énfasis en las formas de sociabilidad. Entre sus publicaciones se encuentran artículos y dossiers temáticos sobre distintas expresiones decimonónicas y, en particular, la escritura de mujeres.

AMERICANÍA

REVISTA DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
DE LA UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE DE SEVILLA
NÚMERO 23 ENERO - JUNIO 2026 NUEVA ÉPOCA

Literary Sociabilities in 19th-Century Bolivia. A Methodological Proposal

kurmi.soto.velasco@gmail.com

Kurmi Soto
Universidad Complutense de Madrid.

Abstract

This article proposes a methodological approach to the study of associative practices among 19th-century Bolivian writers, understanding literature not as an isolated individual endeavor but as the result of concrete intellectual networks. Drawing on the concept of sociability developed by historians such as Maurice Agulhon and Roger Chartier, it examines forms of cultural association in dialogue with the press and the political context of the time, to show how they structured and consolidated the emerging public sphere. After a brief overview of theoretical and regional precedents, the text focuses on the Bolivian case through documented examples of associations and periodicals, highlighting the relevance of these spaces for literary and scientific production, as well as for symbolic modernization processes. The article argues that these literary sociabilities were fundamental to the construction of a national intellectual identity in the absence of a consolidated state institutional framework.

Key-words: Literary sociability - associationalism - literate elites - intellectual networks

Introducción

En el panorama literario que realizaba para Bolivia en su primer centenario, Rosendo Villalobos notaba con insistencia que una gran parte del movimiento de la época republicana y, sobre todo, a finales del siglo XIX se había basado en la aparición de revistas motivadas por grupos letrados. Aunque prevenía al lector que “sería obra muy extensa la de recoger todos los datos bibliográficos que nos hagan conocer los orígenes de nuestra vida literaria”,² también señalaba que existía una tradición de “solidaridad intelectual [que] reunía a los hombres de letras y estimulaba a cada uno de ellos a producirse en la forma que respondiese a sus especiales aptitudes”.³ Entre los ejemplos que daba para la ocasión, se encontraban, en primer lugar, los clubes de la Unión Americana, “agrupaciones literarias” impulsadas durante el gobierno de Mariano Melgarejo y organizadas a la imagen y semejanza de otras, nacidas en los países de la región tras la Guerra Hispano-Sudamericana (1865-1866);⁴ la Sociedad Literaria de Sucre, fundada a principios de la década de 1860; o bien el Círculo Literario de la Paz y la Sociedad Cortés de Potosí, ambos espacios de reflexión artística y científica constituidos desde 1877. Asimismo, constataba que este proceso de institucionalización se aceleró con el pasar del tiempo y tuvo como resultado la proliferación de “sociedades patrióticas” a partir de 1900 y de investigaciones “históricas, geográficas, de estadística, bibliografía, etc., etc.”.⁵ Enrique Finot seguía esta misma línea en la sección dedicada a la transición entre el siglo XIX y principios del XX de su *Historia de la literatura boliviana* (1975) e intuía, con mucho tino, la relación que existió entre la producción cultural de ese momento con la aparición de espacios sociales y de órganos de difusión como revistas y periódicos.

Para el caso latinoamericano, Hilda Sábato (2003) apunta esta imbricación entre prensa, asociaciones y esfera pública durante la segunda mitad del siglo XIX, puesto que “la expansión de la vida asociativa y de la prensa periódica fueron procesos paralelos y a la vez interconectados”.⁶ Este fenómeno se confirmaba en grandes ciudades tales

² Rosendo Villalobos, “Letras bolivianas”. En: Abel Alarcón (comp.), *Bolivia en su primer centenario* (República de Bolivia, 1925), 279.

³ Rosendo Villalobos, “Letras bolivianas”. En: Abel Alarcón (comp.), *Bolivia en su primer centenario* (República de Bolivia, 1925), 279.

⁴ El primer folleto que publicó la filial cochabambina (1863) incluía poemas de Francisco M. del Granado, Néstor Galindo, Benjamín Blanco y Donato Vásquez. Le agradezco a Marta Irurozqui el haberme hecho notar la relevancia de la Unión Americana en este periodo.

⁵ Rosendo Villalobos, “Letras bolivianas”. En: Abel Alarcón (comp.), *Bolivia en su primer centenario* (República de Bolivia, 1925), 280.

⁶ Hilda Sábato, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: Prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)”. En: Carlos Altamirano y Jorge Myers (eds.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. 1 (Katz, 2008), 397.

como México, Lima y Buenos Aires, como resultado de “experiencias muy complejas y nada lineales de creación y difusión de nuevas formas de sociabilidad”.⁷ Pero no quedan dudas de que se trató de una tendencia que se fue afianzando desde la década de 1850 y que, para fines del ochocientos, ya entraba en un período de institucionalización y especialización. La eclosión de los periódicos y las revistas fue de la mano con la expansión de las diferentes formas asociativas que se popularizaron durante aquellos años y con la aparición del “publicista” como una nueva figura dentro del mundo literario y periodístico.

En este contexto, la circulación de impresos comenzaba a cobrar una significación particular, sobre todo, tras las independencias, pues, como dijera Roger Chartier sobre la Europa del siglo XVIII, “las prácticas de lo escrito” eran “esenciales a la definición de la cultura política moderna”.⁸ La prensa fue una herramienta para la consolidación de las nuevas naciones latinoamericanas y para la aparición de una tímida esfera pública. Estos “proyectos de modernización social y política”⁹ impulsaron una incipiente cultura letrada, al mismo tiempo que se erigieron como el escenario central del juego partidario y político. La prensa de ese entonces llegó a ser “considerada temible por su poder, mercenaria por su disposición a cambiar de bando y escandalosa por su propensión a inflar polémicas y disputas”.¹⁰ Progresivamente, estos espacios de debate dieron lugar a elementos comerciales y literarios, al mismo tiempo que comenzaron a circular productos culturales para públicos cada vez más circunscritos (migrantes, artesanos, burgueses emergentes, pero también mujeres y niños). Para los años de 1870, Hilda Sábato identifica, en Latinoamérica, un complejo sistema de publicación y de circulación de la prensa que luego desembocaría en la separación de esta última con respecto a la política. Aquel proceso de definición y autonomización del campo literario se apoyó con fuerza en el asociacionismo con fines intelectuales y artísticos, aunque en un principio su interés fuese principalmente cívico-patriótico.

Así, desde las independencias y a lo largo de todo el siglo XIX, la aparición de clubes, ateneos y sociedades de todo tipo supuso un aliciente para la producción

⁷ Hilda Sábato, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: Prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)”. En: Carlos Altamirano y Jorge Myers (eds.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. 1 (Katz, 2008), 388.

⁸ Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (Gedisa, 2005), III.

⁹ Hilda Sábato, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: Prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)”. En: Carlos Altamirano y Jorge Myers (eds.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. 1 (Katz, 2008), 394.

¹⁰ Ibid. 395.

literaria, entendida como una de las bases de las naciones recién nacidas. En efecto, no hay que olvidar la conexión entre el asociacionismo decimonónico y la incipiente prensa: las lecturas a viva voz captaron la atención de los comensales y, poco a poco, "leer los periódicos compartiendo los gastos" se transformó en "la razón de ser de todo círculo".¹¹ Por ende, es innegable que estos modelos de sociabilidad se vincularon al surgimiento de nuevos medios de comunicación y, por supuesto, a la ampliación de la esfera pública, como lo ha apuntado Jürgen Habermas en su clásica *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (1994 [1962]).¹² Más aún, la evolución de las formas aristocráticas en formas burguesas y, sobre todo, la aparición del modelo de la familia nuclear tuvieron consecuencias en los modos de socialización y se tradujeron en la aparición y en la "institucionalización de una privacidad inserta en lo público",¹³ aunque no necesariamente siguiendo las mismas pautas ni los mismos modelos europeos, sino, al contrario, evidenciando sus propias particularidades y ritmos.

Teniendo en cuenta esos antecedentes, en este artículo, mi propósito es demostrar que, para poder comprender a cabalidad el lugar que ocuparon los escritores en la Bolivia del siglo XIX, es necesario estudiarlos no como entes aislados, sino como individuos unidos en grupos (sociedades, ateneos, tertulias e incluso reuniones informales) que les permitieron cultivar sus inquietudes y compartir sus producciones. El abordaje que propongo se divide en dos partes. La primera se centra específicamente en la definición de "sociabilidad" como un concepto que permite el análisis histórico de las asociaciones y de sus dinámicas, al mismo tiempo que realiza un breve panorama cronológico y revisa algunos de los principales hitos de este desarrollo para la Latinoamérica decimonónica. Por último, en la segunda parte, me intereso en algunos ejemplos concretos del caso boliviano para así probar la funcionalidad de esta propuesta metodológica y sus posibilidades de aplicación.

Definiciones y límites conceptuales: Debates sobre el asociacionismo y la sociabilidad en América Latina

No hay duda de que la inclusión del término "sociabilidad" dentro de los estudios históricos le debe mucho a la obra de Maurice Agulhon. Y si bien algunos de sus enunciados han sido superados o discutidos y alimentados durante estas últimas

¹¹ Maurice Agulhon, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848* (Siglo Veintiuno, 2009), 54.

¹² Sobre la impronta que tuvo la obra de Habermas en estudios posteriores, véase González-Bernaldo, 1999, p. 234, nota 4.

¹³ Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (Gustavo Gili, 1994), 80.

décadas, es evidente que su legado se encuentra indefectiblemente unido a este concepto, que se ha esforzado por precisar y afinar a lo largo de su obra. En las primeras páginas de *El círculo burgués*, él esboza un breve panorama de la introducción del concepto desde *Penitentes y francmasones* (originalmente conocido como *La sociabilité méridionale*, publicado en 1966 y luego reeditado con su nuevo título en 1968) y explica la evolución de su empleo, en principio destinado a describir el “temperamento” local de la Francia del sur. Mediante esta operación, el autor lo transforma en una categoría histórica, ya que su principal constatación es que la sociabilidad no es abstracta ni subjetiva, sino un fenómeno que se puede estudiar de manera tangible, pues se manifiesta en lugares y tiempos específicos.

Sin embargo, también previene acerca de su plasticidad y de su capacidad para englobar múltiples manifestaciones que, finalmente, podrían terminar por hacerla inoperante. Ante ese riesgo, propone circunscribirse a “identificar instituciones o formas de sociabilidad específicas y hacer su estudio concreto”.¹⁴ De ahí que su proyecto se transforme en una historia de las asociaciones¹⁵ y, más específicamente, en un análisis de su diversificación y de su progresiva consolidación en la Francia de los siglos XVIII y XIX. Su objeto privilegiado es el círculo, que considera “la forma típica de la sociabilidad burguesa”¹⁶ desde 1810 hasta la revolución de 1848. Este apareció en contraposición al salón del Antiguo Régimen y se constituyó como un espacio para hombres con “cierto desahogo económico” y “tiempo libre”.¹⁷ Por ende, otra característica a tener en cuenta es que “los sistemas de sociabilidad tenían implicancias económicas reconocidas”¹⁸ y que estuvieron profundamente vinculados a las clases sociales que los crearon.

Asimismo, el autor recalca la relación que existió entre el asociacionismo y los régimen liberales, lo que explicaría el afianzamiento del círculo durante la primera

¹⁴ Maurice Agulhon, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848* (Siglo Veintiuno, 2009), 38; énfasis del original. Jean-François Sirinelli (1986) discute, en cierta medida, las definiciones restrictivas de Agulhon y propone centrarse en grupos permanentes o temporales, independientemente de su grado de formalización. Más allá de los salones y los clubes, también identifica formas más esquivas de sociabilidad, que no solo implican adhesión, sino también exclusión.

¹⁵ “Sobre este punto, es necesario considerar que “el estudio de la sociabilidad no sustituye al del asociacionismo, enfoque tradicional (y que sigue siendo un campo privilegiado de la sociabilidad), sino que lo completa y le da otra perspectiva” (Jean-Louis Guereña citado en Jordi Canal, “Historiografía y sociabilidad en la España contemporánea: Reflexiones con término”, *Vasconia*, no. 23 [2003]: 17).

¹⁶ Jordi Canal, “Historiografía y sociabilidad en la España contemporánea: Reflexiones con término”, *Vasconia*, no. 23 (2003): 46.

¹⁷ Ibid., 49.

¹⁸ Jordi Canal, “Historiografía y sociabilidad en la España contemporánea: Reflexiones con término”, *Vasconia*, no. 23 (2003): 81.

mitad del XIX y, sobre todo, la horizontalidad de su funcionamiento.¹⁹ Este lazo no es menor, puesto que también prueba la dimensión política de la sociabilidad, una cualidad que ha sido útil para estudiar otras áreas geográficas, en especial, América Latina y, más concretamente, en el área del Río de La Plata.²⁰ Estas formas de sociabilidad servían, muchas veces, de base para los partidos emergentes,²¹ motivando la comunicación y la difusión de ideas que después podían plasmarse en proyectos mayores. De ahí que del divertimento y el ocio a la intervención pública y a la especialización existiese un solo paso, por lo menos en la época que nos concierne.

Entonces, la sociabilidad resulta un concepto que “pretende perfeccionar nuestra reconstrucción de las antiguas sociedades, ayudándonos a rastrear las relaciones interpersonales, su organización, sus reglas, en la esfera cotidiana o en la del ocio”.²² Y, a pesar de su vastedad, las delimitaciones propuestas por Agulhon nos permiten establecer algunos rasgos fundamentales que guiarán las siguientes páginas: primero, la existencia de cierta sociabilidad de élite (sea esta aristocracia o burguesía) y su diferencia con las sociabilidades populares; segundo, su progresiva formalización que, en algunos casos, también podía acompañarse de una especialización; y, tercero, la aparición de espacios característicos en los que se manifestaba. Estos tres ejes se encuentran regidos por reglas que permiten entender las dinámicas sociales de un momento dado, puesto que las estructuran y, en cierta medida, las ritualizan.

En esta misma estela se encuentra la reflexión de Roger Chartier en *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*. Siguiendo la noción habermasiana de esfera pública y situándose antes del apogeo del círculo burgués de la Monarquía de Julio (1830-1848), Chartier afirma que, para los albores de la Revolución, los salones representaban el “medio principal” para las reuniones entre “hombres de mundo y literatos”.²³ La presencia de estos últimos estuvo

¹⁹ Maurice Agulhon, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848* (Siglo Veintiuno, 2009), 51-52.

²⁰ Pilar González-Bernaldo, “Sociabilidad y regímenes de lo social en sociedades post-imperiales: Una aproximación histórica a partir del caso argentino durante el largo siglo xix”. En: Santiago Castillo y Montserrat Duch (coords.), *Sociabilidades en la historia* (La Catarata / Asociación de Historia Social, 2015); Paula Bruno, *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930* (Universidad Nacional de Quilmes, 2014); Sandra Gayol, “Sociabilidad”. En: Hugo Biagini y Arturo Roig (dirs.), *Diccionario del pensamiento alternativo* (Biblos / Universidad Nacional de Lanús, 2008), 495-497; y muchos más, como François-Xavier Guerra, Annick Lempérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica: Ambigüedades y problemas. Siglos xviii-xix* (Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos / Fondo de Cultura Económica, 2008).

²¹ El historiador llega a afirmar que, en realidad, el partido político podía ser una conjunción de círculos.

²² Maurice Agulhon, “Introduction. ¿La sociabilité est-elle objet d’histoire?”. En: Étienne François (ed.), *Sociabilité et société bourgeoise en France, en Allemagne et en Suisse, 1750-1850* (Éditions Recherche sur les Civilisations, 1987), 3; traducción propia.

²³ Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (Gedisa, 2005), 174.

marcada por una verdadera lucha por participar dentro de la vida cultural local, en especial la parisina. En efecto, ser admitido a un salón era una señal de prestigio y un ingreso “al mundo de los poderosos”.²⁴ A diferencia del círculo, masculino y público, el salón aristocrático era íntimo y, por lo general, estaba presidido por una figura femenina que regentaba las sesiones. Más aún, “la vida del salón constit[ía] una base y una realidad para uno de los temas más caros de los textos filosóficos de la segunda mitad del siglo [XVIII]: es decir, la fusión entre los escritores”.²⁵ En este contexto, para el literato ambicioso, estos lugares exclusivos simbolizaban la promesa de hacer carrera, pues eran “instancias de consagración intelectual independientes” y el “primer soporte” de lo que Chartier llama la “esfera pública literaria”. Su segundo cimiento fueron los periódicos. La eclosión de las prensas, sobre todo a mediados del siglo XVIII, traducía y, al mismo tiempo, fomentaba “la sociabilidad libre e instruida de los cafés y clubes”.²⁶

Esta evolución también estuvo acompañada de una progresiva politización de la “esfera pública literaria”. En este entendido, Chartier avanza dos ejes de lectura para explicar el fenómeno. El primero sigue a Augustin Cochin, autor de *La Révolution et la libre-pensée* (1924) y *Les sociétés de pensée et la Révolution en Bretagne (1788-1789)* (1928), que sostiene que los espacios de sociabilidad fueron una suerte de laboratorio donde se prefiguró el jacobinismo;²⁷ es decir, un lugar de formación de discursos que luego pasarían a la esfera pública y que se manifestarían de forma muy evidente. Pero el mismo Chartier propone, en un segundo tiempo, no limitarse al estudio del ejercicio literario, sino a la formación progresiva de un juicio crítico, gracias a la proliferación de periódicos y revistas. Estos procesos condujeron, inevitablemente, a la autonomización del campo literario y a la profesionalización del hombre de letras. A finales del siglo XVIII, en Francia, ya se comenzaba a tomar en cuenta al escritor que pretendía vivir del “valor comercial” de su obra.²⁸ De ahí el surgimiento de la propiedad intelectual y de mecanismos legales que asegurasen la correcta retribución de la autoría. La literatura dejó de ser un espacio dominado por clérigos, nobles y abogados u otros hombres de profesiones liberales. La constatación no es menor, puesto que estas transformaciones permitieron “la constitución de un verdadero campo literario [...], organizado según principios, jerarquías y desafíos” que le eran propios.²⁹

²⁴ Ibidem

²⁵ Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (Gedisa, 2005), 175.

²⁶ Ibid. 177.

²⁷ Ibid. 180.

²⁸ Ibid. 70.

²⁹ Ibid. 73.

A la par de estos dos investigadores, se han multiplicado los estudios sobre la sociabilidad, tanto en el siglo XVIII como en el XIX, y los últimos lustros fueron testigos de una verdadera explosión de las posibilidades que podría ofrecer el estudio no ya de la sociabilidad en singular, sino de las sociabilidades en plural. Con todo, también se ha prevenido acerca de la falta de delimitaciones claras que Agulhon advertía desde un principio, por lo que la sociabilidad y, en especial, la sociabilidad literaria tiene que ser entendida como “una poética histórica de los cenáculos del siglo XIX que no sea ni anecdótica ni mitológica, que no sea tampoco exclusivamente sociológica o exclusivamente historiográfica, sino literaria, en el sentido en que la literatura no debe ser considerada solo como el resultado (las obras), pero como un complejo proceso que conduce a ese resultado”.³⁰ Efectivamente, y como dice el crítico José Luis Díaz, ya no basta con enfocarse en algunos de los ejemplos más vistosos de la sociabilidad, sino analizar la conexión entre creación literaria y los mecanismos de sociabilidad dominantes.³¹

La aparición de cafés y, especialmente, de círculos políticos durante las independencias permitió el surgimiento de nuevas formas de sociabilidad en el continente americano, como lo han demostrado los trabajos precursores de François-Xavier Guerra. Por ejemplo, en *Las revoluciones hispánicas: Independencias americanas y liberalismo español*, el autor identifica grandes transformaciones en los imaginarios y en las mentalidades a partir de “dos fenómenos concomitantes”, “la proliferación de los impresos y, sobre todo, de la prensa y la expansión de nuevas formas de sociabilidad”.³² Esos años de cambio fueron acompañados por la consolidación de la esfera pública y, en especial, de lo que Augustin Cochin llamaría la “república de las letras”. En efecto, como lo analizó Roger Chartier para la Francia prerrevolucionaria, aquí también vemos surgir un campo letrado independiente y sustentado por la aparición de clubes, ateneos, tertulias, etc. Esta evolución significó “la invención del individuo, la valorización de los vínculos contractuales, el ideal de la igualdad, el reino de la opinión, la soberanía de la colectividad y un ideal de relaciones humanas”,³³ es decir, todo un conjunto de elementos que dibujaron simbólicamente los imaginarios de principios del siglo XIX. Pero el aporte más significativo de Guerra se halla en el planteamiento de una imbricación

³⁰ Vincent Laisney citado en José Luis Díaz, “Présentation”. *Revue d’Histoire Littéraire de la France*, 110, no. 3: 516; traducción propia, énfasis del original.

³¹ José Luis Díaz, “Présentation”. *Revue d’Histoire Littéraire de la France*, 110, no. 3: 517.

³² François-Xavier Guerra (dir.), *Las revoluciones hispánicas: Independencias americanas y liberalismo español*, Editorial Complutense, 1995, 30.

³³ François-Xavier Guerra, “De la política antigua a la política moderna: Invenciones, permanencias, hibridaciones”. En: *19th. International Congress of Historical Sciences*, Universidad de Oslo, 2000, 3.

entre modernidad política, opinión pública y “el surgimiento de nuevas formas de sociabilidad, de producción del escrito y de lectura”.³⁴

Durante esta transición política, se afirmaron las prácticas que vinculaban a “una red de hombres agrupados en sociedades y tertulias –literarias, económicas, científicas– en las que la libre discusión sobre toda clase de temas, entre ellos políticos, empieza a erigirse en una instancia moral, independiente del Estado”.³⁵ La desaparición de la censura y el levantamiento de las limitaciones de reunión marcaron una clara ruptura con el régimen precedente, en particular, durante los años 1808 y 1814. Los espacios de sociabilidad en los que circularon estas nuevas ideas fueron diversos, “reuniones familiares, tertulias, sociedades literarias, cafés”, y siguieron “modalidades parecidas a las de la época anterior a la crisis –lectura colectiva de libros, periódicos y cartas, amplio uso del manuscrito–”.³⁶ Esta combinación entre viejas y nuevas formas hace imposible transponer completamente el modelo propuesto por Maurice Agulhon a la realidad latinoamericana del siglo XIX, como bien anota Paula Bruno, pues “dadas las características de las sociedades hispanoamericanas, es difícil pensar que surgieron para sustituir a los salones y las tertulias de los tiempos coloniales, más bien se relacionaron con las historias de las independencias y con el surgimiento de nuevas dinámicas de organización social y política en las primeras décadas del siglo xix”.³⁷ En este sentido, en el caso latinoamericano, se ha privilegiado la sociedad política por sobre la cultural que, en algunas ocasiones, ha quedado incluso subordinada a la primera.

Asimismo, le debemos a François-Xavier Guerra una discusión sobre las posibilidades de aplicación del concepto de “esfera pública” acuñado por Jürgen Habermas al contexto latinoamericano. Su principal observación es que su uso se restringe, casi exclusivamente, a los casos europeos, con énfasis en Alemania o Francia, dejando de lado otras latitudes como España o Italia, que siguieron rumbos diferentes. A esto se suma la dificultad del empleo del término “burguesía” para los ejemplos latinoamericanos, que vieron surgir este rótulo muy tarde y sin las mismas

³⁴ François-Xavier Guerra, Annick Lempérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica: Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos / Fondo de Cultura Económica, 2008.

³⁵ François-Xavier Guerra (dir.), *Las revoluciones hispánicas: Independencias americanas y liberalismo español*, Editorial Complutense, 1995, 30.

³⁶ François-Xavier Guerra, “‘Voces del pueblo’. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)”. *Revista de Indias*, LXII, no. 225 (2002): 362.

³⁷ Paula Bruno, “Presentación. Dossier: Sociabilidades culturales en Buenos Aires, 1860-1930”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, no. 16 (2012): 161.

implicancias “políticas e ideológicas”. Por ende, Guerra prefiere el término “espacios públicos”, según él, más tangible y apropiado para los fenómenos de estas latitudes.³⁸

Otra advertencia que debemos notar tiene que ver con los límites mismos de la noción de sociabilidad, pues, como afirma Pilar González-Bernaldo de Quirós, “la ‘sociabilidad’ de la que habla un Juan Bautista Alberdi, un Francisco Bilbao o un Bartolomé Mitre tiene poco que ver con la definición que de ella pudo dar el propio Agulhon”.³⁹ En efecto, “sociabilidad” es una palabra que, aunque introducida tarde en el francés y en el castellano, se usó y formó parte del vocabulario corriente desde hacía mucho. El *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), por ejemplo, la define como “el tratamiento, y correspondencia de unas personas con otras”; mientras que el *Littré* (1873-1877) la califica como “la disposición innata que lleva a los hombres y a algunos animales a vivir en sociedad”. En el caso latinoamericano, queda claro que los autores decimonónicos le prestaron una atención particular al término, entendiéndolo como parte de un gran proyecto “civilizatorio” que pretendían acometer desde las independencias y que se fue consolidado durante la segunda mitad del siglo. Es en este sentido que Juan Poblete (2000) ha analizado las definiciones de los argentinos Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, y de los chilenos Francisco Bilbao y Alberto Blest Gana. Durante este período, la sociabilidad fue “una categoría analítica operante en la autocomprensión de los procesos sociales”⁴⁰ que, además, tuvo “un énfasis semántico particular en el carácter de ‘competencia’ o ‘habilidad’ adquirible en la práctica de la vida cotidiana”.⁴¹ Los ejemplos que proporciona el investigador son decidores de una cultura que veía, en la reunión social, una garantía de modernidad y progreso, además de una forma de educación y cultivo para las nuevas sociedades republicanas.

Según Alberdi, la sociabilidad se encontraba profundamente vinculada con una renovación de las costumbres y de los hábitos que debía ser dictada por los letrados, frente a una masa (“el pueblo”) incapaz de decidir por sí sola. Mientras que, para Bilbao, poseía un innegable carácter político y, de cierta manera, en ella se encontraba la

³⁸ François-Xavier Guerra, Annick Lempérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica: Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX* (Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos / Fondo de Cultura Económica, 2008), 7.

³⁹ Pilar González-Bernaldo, “La ‘sociabilidad’ y la historia política”. En: vv. AA., *Conceptuar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador*, Instituto Mora, 2004, s/p.

⁴⁰ Juan Poblete, “Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: la novela y las costumbres nacionales en el siglo XIX”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 52, 2000, 12.

⁴¹ Juan Poblete, “Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: la novela y las costumbres nacionales en el siglo XIX”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 52, 2000, 12.

promesa de una verdadera ruptura con el Antiguo Régimen, como lo apunta François-Xavier Guerra (2008). De ahí también la importancia política y simbólica que revestían estas prácticas para los pensadores de aquella generación y su lazo con la educación. Siguiendo esta dirección, Sarmiento fue, tal vez, quien mejor formuló el proyecto de una sociabilidad civilizadora, frente a la “barbarie” de la pampa. En dos acápite de su famoso *Facundo o civilización y barbarie* (1845), titulados “Asociación” y “Sociabilidad”, el autor se centraba en un estudio acerca de la pulpería y de otras formas de reunión popular de provincia en contraste con las nuevas sociabilidades que se estaban dando Buenos Aires, “todo novedad, todo revolución y movimiento”. Aun así, Sarmiento se mostraba insatisfecho con estas prácticas, relevando “dilemas constitutivos” y “tensiones no resueltas, pero al fin históricamente productivas”.⁴² Para él, existía una contradicción entre sus aspiraciones a formar y educar y los usos y costumbres arraigados y modelados por un sistema que no correspondía a su ideal. De ahí también se desprendía una superposición entre élite política y élite cultural que era preciso justificar y legitimar a partir de lo que Poblete describe como una “estetización de lo social (la concepción de la sociedad como un todo semióticamente analizable) cuanto un uso social de la estética (el rol educativo práctico e ideológico de la lectura de la novela nacional)”.⁴³

A su vez, este panorama explicaba la importancia que era accordada a la literatura dentro de la construcción de lo nacional. El imaginario republicano ha insistido, en mayor o menor medida, según los países, en la creación de lectores ideales y de novelas y tradiciones capaces de formarlos. El estudio que propone Poblete del Martín Rivas de Blest Gana va en ese sentido, puesto que ilustra cómo la práctica literaria “aseguraba las condiciones de reproducción de la lectura misma, de la novela nacional (que la lectura hacía posible y en la cual se basaba) y de la ideología literaria y política que la alimentaba”.⁴⁴ Esta misma idea es reforzada por González-Bernaldo de Quirós, quien recalca la utilidad política que tenía el concepto de sociabilidad. En términos generales, podía servir para alabar el buen gusto, “instaurar prácticas” susceptibles de construir nuevas naciones después de las independencias o bien “definir el espacio de la opinión pública”.⁴⁵

⁴² Juan Poblete, “Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: la novela y las costumbres nacionales en el siglo xix”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 52 (2000), 20.

⁴³ Ibid, 21.

⁴⁴ Ibid 22.

⁴⁵ Pilar González-Bernaldo, “La ‘sociabilidad’ y la historia política”. En: vv. AA., *Conceptuar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador* (Instituto Mora, 2004), s/p.

Lo que aquí sobresale es la profunda imbricación entre sociabilidad y literatura –en el centro de esta reflexión–, que se apoya no solo en las prácticas de la época, sino también en los textos producidos dentro de estos contextos de reunión fraterna y de tono ligero, pero que, en realidad, eran también el escenario de discusiones políticas y económicas particularmente delicadas y que solo se podían dar a puertas cerradas. De esta manera, lo que interesa es la función simbólica, fundacional e incluso moralizante de la creación y de la difusión literaria.

UN PANORAMA DEL SIGLO XIX BOLIVIANO

Para el caso boliviano, son pocos los estudios que permiten entender la sociabilidad decimonónica, aunque algunos investigadores se han interesado tangencialmente en el tema y lo han tratado como parte de reflexiones sobre otros aspectos de la vida cultural de la época. Así, tenemos los trabajos de Mario Chacón Torres (1908), que se enfoca en Potosí, y de Beatriz Rossells (1997), quien analiza un conjunto más amplio que incluye Sucre. En ambos ejemplos, el énfasis recae en la conformación de asociaciones de duración efímera. Por oposición, las sociedades geográficas, más longevas y mejor instaladas, continúan siendo analizadas desde inicios del siglo XX hasta la actualidad.⁴⁶

Sin embargo, Josep M. Barnadas es el único que propone un panorama más o menos extenso del asociacionismo en su *Diccionario histórico de Bolivia* (2002). En la entrada dedicada a las “sociedades literarias y culturales”, él pasa revista a los hitos más importantes, comenzando por la Ley de Educación del 9 de enero de 1827 y, en especial, sus capítulos 3 y 4. En ella, se reglamentaban las llamadas “sociedades de literatura” (cuadro 1) y se creaban colegios de ciencias y arte, además de un Instituto Nacional de Bolivia que centralizaría los esfuerzos locales y que se encargaría de la enseñanza y difusión de “conocimientos útiles y agradables”.

| | |
|-------------|--|
| Artículo 36 | En las capitales de departamento habrá sociedades de literatura, |
|-------------|--|

⁴⁶ Vicente Donoso, “La Sociedad Geográfica de La Paz”, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1949; Mery Flores, “Sociedad geográfica Potosí”, *Presencia Literaria*, 1972; Manuel Frontaura Argandoña, “Benemérita Sociedad Geográfica de La Paz”, *Presencia Literaria*, 1972a y “La Sociedad de Historia y Geografía de Cochabamba”, *Presencia Literaria*, 1972b; Pilar Mendieta, *Construyendo la Bolivia imaginada. La Sociedad Geográfica de La Paz y la puesta en marcha del proyecto de Estado-nación, 1880-1925* (Instituto de Investigaciones Históricas, 2017). Los siguientes párrafos retoman parcialmente y prolongan las cuestiones tratadas en Kurmi Soto Velasco, “Élites letradas y cultura científica”. *Revista de Indias*, LXXXIII, no. 289 (2023a), 745-775.

| | |
|-------------|--|
| | compuestas de un director y dos vicedirectores, de los superiores y profesores de los colegios, á los que se agregarán los miembros numerarios, que no podrán ser sino los residentes en la capital, para el desempeño de sus tareas, quienes serán el protector de la sociedad. |
| Artículo 37 | El director, y en su defecto uno de los vicedirectores, estará encargado del régimen de esta sociedad. |
| Artículo 38 | El llenar las vacantes, la duración del director y vicedirector, la admisión de miembros numerarios y honorarios, son atribuciones privativas de estas sociedades, en los términos de los artículos 29, 30 y 31. |
| Artículo 39 | El objeto de estas sociedades será: 1º promover la ilustración del departamento, especialmente en los ramos que le sean productivos; 2º publicar por la prensa los inventos útiles, los conocimientos agradables, y cuanto se crea conducente á la educación, la moral y la política. |
| Artículo 40 | Cada sociedad tendrá una prensa, que podrá costearse por la libre suscripción de los individuos de cada departamento; como también una casa con la posible comodidad, para los fines indicados. |
| Artículo 41 | Cada sociedad formará sus reglamentos particulares, que deberán ser presentados al instituto nacional; y se reunirá en público, según y para los objetos que prescribe el artículo 32. |
| Artículo 42 | Tendrá un secretario y un portero, dotado el primero con doscientos pesos anuales, y el segundo con cincuenta. |
| Artículo 43 | Para ser miembro del instituto nacional, á mas de los designados en esta ley, se requiere publicar por la prensa dos memorias o disertaciones, y una para pertenecer á cualquiera de las sociedades, sobre alguna facultad por la que pueda ilustrarse la nación; para que en vista de estas juzgue el instituto ó las sociedades, y el público, de las aptitudes del solicitante; sin |

| | |
|-------------|--|
| | embargo el instituto ó las sociedades podrán nombrar para miembros de su seno, á aquellos sabios cuyos talentos sean notorios, sin necesidad de publicar por la prensa dos memorias o disertaciones. |
| Artículo 44 | El miembro de la sociedad de un departamento podrá incorporarse a la de otro, sin más calidad que la manifestación de su documento. |

Cuadro 1

"De las sociedades de literatura"

Fuente: Capítulo 4 de la Ley de Educación del 9 de enero de 1827

Este plan de enseñanza firmado por Antonio José de Sucre pretendía, quizás algo ingenuamente, crear polos de producción de conocimiento en las grandes ciudades, a la par que quería transformar la capital, Sucre, en un centro científico, pues el Instituto también estaba destinado a regentar un museo nacional, un jardín botánico, un observatorio astronómico, un anfiteatro anatómico y una colección de objetos dignos de admiración. Está demás decir que la idea quedó en papel y nunca se concretó, pero, aun así, su dimensión probaba que existía un interés muy real en motivar estas formas de asociación.

Muchas de estas disposiciones fueron modificadas durante los años siguientes, sobre todo los capítulos que nos conciernen y que se refrendaron mediante la ley del 23 de agosto de 1831. Esta breve norma, suscrita por Andrés de Santa Cruz, era una orden expresa de instalar en la mayor brevedad posible el tan anhelado Instituto Nacional y las sociedades literarias locales, que habían sido proyectadas hacia casi un lustro. Sin embargo, como afirma Barnadas, "tuvieron que pasar 10 años para que se dieran los pasos efectivos"⁴⁷ y eso sin mucho éxito. Las primeras muestras de su concreción se dieron en Sucre en 1838. Ese mismo año, se formó su sección literaria en la misma ciudad, y otras en La Paz y Cochabamba; también se sabe de la existencia de una filial potosina. Sin embargo, los embates de la política y la disolución de la Confederación Perú-Boliviana alteraron estas aspiraciones, dejándolas en simples propuestas. Después de este período fundacional, en el que las sociedades literarias fueron proyectadas como pilares necesarios para la construcción de una identidad nacional, el Gobierno no se interesó más en ellas por varias décadas.

⁴⁷ Josep Barnadas, *Diccionario histórico de Bolivia* (Grupo de Estudios Históricos, 2002), t. II, 929.

Recién el decreto supremo del 2 de julio de 1873, promulgado por Adolfo Ballivián, continuaba las orientaciones inauguradas por Santa Cruz y Sucre. El entonces presidente provenía de una respetada familia de patricios paceños, entre los cuales se contaban militares brillantes como José Ballivián e investigadores precursores de la archivística como Vicente Ballivián y Roxas. Él mismo era músico y poeta eventual, por lo que no debía asombrar esta disposición que, además, fue particularmente ambiciosa. Su principal objetivo era “crear sociedades científicas y literarias en Sucre, La Paz, Cochabamba y Potosí, asegurando la designación de los primeros veinte miembros”.⁴⁸ Cada una de ellas, en teoría, tenía toda la facultad de establecer sus reglamentos, pero debían contar con la aprobación del Gobierno para que éste, a su vez, les hiciera llegar un pequeño honorario anual que debía ayudar a su funcionamiento.

Esta reglamentación comenzaba, además, advirtiendo la necesidad de crear estos espacios, vinculados al progreso mediante el cultivo de las ciencias y de las letras. Aparte de constatar que la aplicación, el esfuerzo y el estudio debían ser premiados, los firmantes señalaban que, “en los países nacientes”, era necesaria la intervención del Estado para llevar a buen puerto estas aspiraciones. A cargo de su ejecución quedaba Daniel Calvo, ministro de Instrucción, poeta, periodista y profesor de francés en Sucre. Incluso así, y a pesar de destinar una partida derivada de la cartera de Instrucción para el fomento de estas iniciativas, el aporte estatal brilló por su ausencia. Y, lejos de las exigencias públicas, comenzaron a nacer asociaciones impulsadas por la voluntad de unos cuantos miembros, claramente identificables y que también solían participar en más de una sociedad a la vez, aunando sus esfuerzos. Entre la lista de casos representativos, Barnadas menciona la Sociedad Filética de Sucre, con “fuerte presencia cruceña”, fundada en 1851 y dirigida por el prestigioso escritor Manuel María Caballero. Volvemos a encontrarnos con este personaje a la cabeza de la Sociedad del Progreso –más tarde, Sociedad Literaria y luego Centro Científico y Literario–, creada a finales de 1862 y animadora de la revista *La Aurora Literaria*. Esos mismos años aparecía, en Santa Cruz, el Círculo Minerva (luego, Amantes de Minerva), organizado en torno a Tristán Roca, fundador del periódico *La Estrella de Oriente* (1864) y prefecto departamental (1863-1865). Poco antes, en 1852, se había creado, en Cochabamba, la Sociedad del Buen Gusto gracias a Néstor Galindo, que daría lugar a la famosa *Revista de Cochabamba* (1852), considerada la primera en su tipo.

⁴⁸ Kurmi Soto Velasco, “Sociabilidad en tiempos bélicos. Asociaciones intelectuales bolivianas durante la guerra del Pacífico (La Paz, 1881-1884)”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 27 (2023b), 70.

Asimismo, en Potosí, con la formación del Club Constitucional en 1861, se confirmaba la potencialidad política del asociacionismo. Para Marta Irurozqui, este fue un claro ejemplo de cómo convergieron fidelidades para crear espacios de reunión:

[...] como las relaciones entre sus dirigentes, sus seguidores y los distintos poderes locales posibilitaban un contacto directo generador de identidades y lealtades encuadradas políticamente, en su mayoría terminaron actuando como células políticas de vinculación y movilización del electorado para el triunfo de una determinada candidatura.⁴⁹

Los convulsos eventos de ese año, y sobre todo el derrocamiento de José María Linares en enero y la designación de un triunvirato militar, tuvieron como efecto la eclosión de clubes políticos, que no dudaron en constituirse en importantes palestras y, luego, en partidos, incluso antes de la consolidación del sistema partidario que se daría después de la guerra del Pacífico. De esa manera, en 1861, surgieron agrupaciones como el Club Septembrista, el Club Patriótico-Septembrista, el Club Patriótico-Nacional o el Club de La Concordia.⁵⁰ Además, a raíz de la reorganización institucional, se fomentó “el desarrollo de actividades ligadas a los principios de ‘libertad de opinión, reunión y asociación’ como clubes u otras asociaciones, tertulias públicas en locales comerciales, edición de periódicos y sueltos, y festejos públicos”.⁵¹

Sin embargo, en estos mismos contextos, la expresión “sociedad literaria” volvía con “frecuencia” y “banalidad” (como diría Agulhon) en los nombres de estas organizaciones. La denominación englobaba principalmente a escritores profesionales y aficionados, ligados a las élites políticas y económicas. En efecto, durante los gobiernos de José Ballivián, José Miguel de Velasco, Manuel Isidoro Belzu y José María Linares (1842-1861), la producción periodística fue particularmente abundante, y los diarios solían adoptar nombres de resonancia literaria, religiosa o política. En un ambiente marcado por una intensa efervescencia revolucionaria, alimentada por la actividad de facciones y disidencias partidarias, los clubes cumplieron un papel relevante como espacios donde lo literario se encontraba al servicio de lo político. En ellos, la escritura no solo funcionaba como instrumento de intervención pública, sino también como un medio de legitimación

⁴⁹ Marta Irurozqui, “La alquimia democrática. Ciudadanos y procedimientos representativos en Bolivia (1825-1879)”. *Histórica*, xxxii, núm. 2 (2008): 67.

⁵⁰ Marta Irurozqui, “Muerte en El Loreto. Ciudadanía armada y violencia política en Bolivia (1861-1862)”. *Revista de Indias*, lxix, núm. 246 (2009): 134, nota 12.

⁵¹ Marta Irurozqui, “Muerte en El Loreto. Ciudadanía armada y violencia política en Bolivia (1861-1862)”. *Revista de Indias*, lxix, núm. 246 (2009): 134.

simbólica mediante el cual muchos autores aspiraban a acceder a cargos y posiciones dentro del campo político gracias al prestigio adquirido por su pluma.⁵²

Unos años más tarde, por ejemplo, en *La Aurora Literaria*, escribirían figuras de la talla de Manuel María Caballero (director) y María Josefa Mujía, junto a los paceños Félix Reyes Ortiz, Belisario Loza y otras plumas menos conocidas del emergente movimiento romántico. En su acta de reinstalación a principios de 1864, sus redactores se jactaban de que la Sociedad Literaria de Sucre había mantenido una asombrosa disciplina celebrando reuniones “dos veces por semana” y que había producido numerosas obras. La regularidad de sus publicaciones anuales y mensuales también probaba el compromiso de sus miembros.⁵³

Pero fue recién en la década de 1870 que se comenzó a percibir una acusada tendencia a la creación de asociaciones con fines artísticos, pero también científicos. En este espíritu surgió la Sociedad Cortés, promotora de la revista *Potosí. Ensayos científicos y literarios* (1877). Paralelamente, en la ciudad de La Paz, los pensadores locales comenzaron a organizarse en el Círculo Literario, un polo de difusión de las nuevas tendencias spencerianas que serviría para fomentar la divulgación del incipiente darwinismo.⁵⁴ En este sentido, un rasgo notable de estas formas de sociabilidad es que, en su mayoría, no hicieron uso de los pocos espacios públicos que podían tener las zonas urbanas en aquel entonces.⁵⁵ Al contrario, se formaron alrededor de espacios privados, por lo general, impulsados por unas cuantas figuras de peso que tenían la costumbre de abrir sus puertas para las veladas.

Los participantes estaban muy conscientes de la utilidad que tenían estas reuniones frente a los infructuosos intentos estatales por impulsarlas y normarlas. Al inaugurar sus participaciones en la Sociedad Cortés, el jurista Pedro H. Vargas volvía sobre la historia de las asociaciones en Bolivia y, en particular, sobre la ley de Educación del 9 de enero de 1827. Así, Vargas mencionaba otra vez el proyecto de fundación del Instituto Nacional Boliviano en la capital de la República, que debiera ser “el centro de los conocimientos científicos y literarios [...]”, dividiéndose en seis secciones que abrazaban

⁵² Agradezco a uno/a de lo/as revisore/as el haber señalado esta importante relación entre literatura y política.

⁵³ Kurmi Soto Velasco, “Sociabilidad en tiempos bélicos. Asociaciones intelectuales bolivianas durante la guerra del Pacífico (La Paz, 1881-1884)”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 27 (2023b).

⁵⁴ Kurmi Soto Velasco, “Élites letradas y cultura científica”. *Revista de Indias*, LXXXIII, no. 289 (2023a).

⁵⁵ Algo que llama la atención es que, a diferencia de otros lugares, como el Buenos Aires de aquel entonces, en ciudades grandes como La Paz no florecieron los cafés. Más aún, en su *Relación histórica, descriptiva y comercial* de 1890, Julio César Valdés no registraba ningún establecimiento de este tipo.

todos los conocimientos humanos". A partir de este núcleo, se buscaba fundar asociaciones similares en las capitales departamentales y dotarlas de "colegios nacionales de ciencias y artes". Sin embargo, Pedro H. Vargas subrayaba que "esas ilusiones lisonjeras se desvanecieron fugaces" y que fueron rápidamente reemplazadas por "el torbellino de las pasiones políticas". La educación pública quedó entonces relegada a un segundo plano, de ahí la urgencia de establecer una sociedad científico-literaria capaz de abarcar el estudio de la física, la electricidad, la química y la historia natural.

Finalmente, la fundación del Instituto Nacional se concretó en La Paz durante las fiestas julias de 1888, como lo dejó consignado Julio César Valdés en un reportaje al respecto, publicado en formato de folleto. En él, Valdés describía el acto inaugural y repasaba algunos de los hitos culturales más importantes, afirmando, de esta manera, la preeminencia de La Paz y su transformación en "el polo científico del país", como diría Marie-Danielle Demélas.⁵⁶ El periodista no hesitaba en describir un ambiente particularmente fructífero, en el que se "afana[ban] por abrir escuelas, fundar museos y bibliotecas, establecer estudios prácticos científicos y levantar edificios para la cómoda educación de la juventud".⁵⁷ El emplazamiento de la nueva institución tenía que ubicarse en pleno centro de la ciudad, en el paseo del Prado y el solemne acto destinado a dar inicio a la construcción estaba presidido por el mismo Adolfo Ballivián, en su calidad de vicepresidente, y junto a él un directorio compuesto, entre otros, por Nicolás Acosta, Manuel Vicente Ballivián, Carlos Bravo y Federico Díez de Medina. En su discurso, la edificación del Instituto aparecía a la par de los avances tecnológicos del momento, como la electricidad o el teléfono. Asimismo, mencionaba asociaciones de ocio, como el Sporting Club, o especializadas, como la Filarmónica.

El mismo concepto de "sociabilidad" tuvo cierta visibilidad durante aquellos años y motivó la aparición de diversos artículos al respecto. Resulta, por ejemplo, significativo que algunos autores subrayasen que la vida moderna venía acompañada de nuevas necesidades, creadas, justamente, por la propia sociabilidad. Al mencionar de manera específica la emergencia de la estadística, un articulista llamaba a incluir, en 1874, estos elementos todavía marcados por la novedad:

⁵⁶ Marie-Danielle Demélas, "Darwinismo a la criolla". *Historia Boliviana*, nos. 1-2 (1981): 58.

⁵⁷ Julio César Valdés, Valdés, Julio César, *Instituto Nacional. Colocación de la piedra fundamental* (Imprenta de *La Razón*, 1888), 2.

Nuestra vida no es vida de naturaleza que se la pueda dejar pasar en la sencillez primitiva. Tenemos una vida de sociabilidad, que nos ha creado nuevas necesidades, goces, comodidades imprescindibles, que, para satisfacerlas, hay que emplear combinaciones demasiado complicadas que no dependen del acaso, sino de la observación y el estudio.⁵⁸

Con todo, la palabra en sí causaba asombro y, sin duda, era motivo de interrogación. Por ejemplo, la emergencia de movimientos “socialistas” alrededor de Casimiro Corral en los albores de la década de 1870 impulsó una verdadera búsqueda etimológica que, azuzada por las noticias del socialismo francés y de la Comuna, generó más malestar que otra cosa.⁵⁹ Así, “sociabilidad” se confundía, entre otras, con “fuerzas sociales”⁶⁰ o simplemente con “sociedad” en un sentido amplio y podía ser entendida como un principio básico (“base conservadora”) del orden estatal.⁶¹ Ese empleo se daba con frecuencia en documentos oficiales como manifiestos y decretos, insistiendo en la existencia de una “sociabilidad de los pueblos” que los llevaría, naturalmente, a formar Estados-nación.

Al momento de renovar el consejo municipal de La Paz en 1882, uno de los editores de *La Patria* proponía una larga definición que resumía, a grandes rasgos, lo que el público de aquel entonces entendía por dicho término. Para el redactor, la constitución de instituciones modernas era una evolución de la sociabilidad y una de sus manifestaciones más logradas:

El municipio es, a no dudarlo, una de las instituciones más notables en la historia, el derecho y la filosofía. En la historia, porque fue el primer paso dado a la sociedad política, cuando las tribus errantes, cansadas de su vida vagabunda, buscaron un territorio propio y comenzaron a satisfacer más o menos instintivamente las necesidades de la comunidad por medio de consejos compuestos en su mayor parte de los padres de familia. En el derecho, porque constituye el origen de los gobiernos y es un modelo acabado del sistema que se adoptará universalmente, cuando la democracia sea bien comprendida y la república llegue a su más alto grado de perfección. En filosofía porque, después de la familia, es la prueba más concluyente de que la sociabilidad es una

⁵⁸ *La Reforma*, 05.02.1874; énfasis propio.

⁵⁹ *Ibid.* 10.02.1874.

⁶⁰ *Ibid.* 08.09.1874

⁶¹ *Ibid.* 17.11.1874.

cualidad natural del hombre, y de que esto no podría vivir moralmente sin el concurso de sus semejantes, así como su vida física sería imposible sin los cuidados paternales que en la infancia recibe.⁶²

Pero su uso no era estrictamente político y, en ocasiones, aparecía al lado del buen humor y de la diversión, sobre todo en invitaciones a actividades de distracción, como las carreras de caballo o el teatro. Su tímido empleo comenzaba a generalizarse fuera de los ámbitos partidarios y a adquirir su significado actual, ligado al trato ameno y al ocio. Las buenas costumbres, combinadas con el orden y el trato amable, además del cultivo de las artes y de algunos placeres eran garantía de “regeneración social” y, eventualmente, de un “pueblo civilizado”.⁶³

Para finales del siglo, la aparición de revistas de diversa índole probaba la vitalidad de estas prácticas asociativas en el país. Algunas de las hojas volantes provenían de colegios afamados como el Pichincha en Potosí, el Nacional en Sucre y el Ayacucho en La Paz. En muchos casos, como apuntaba Sirinelli, estos espacios constituyán un semillero para la aparición de generaciones intelectuales. Por ejemplo, es de notar que muchos de los miembros del Círculo Literario paceño (1877) se habían encontrado en las aulas y fue en este contexto que comenzaron a publicar *El Caimán*, periódico manuscrito, y luego *La Violeta*.⁶⁴ Otros casos similares son *La Alborada* (Potosí, 1887), *La Aurora Estudiantil*, subtulado “órgano de la primera clase del Colegio Nacional Pichincha” (Potosí, 1894), *Pensamiento de la Juventud del Liceo Olañeta* (Sucre, s/f) o *El Crepúsculo* (Potosí, s/f). A estas publicaciones se añadían otras de asociaciones especializadas, como la Sociedad Vicente Sanginés de “amantes del teatro” (Sucre, 1887-1888),⁶⁵ la Sociedad Católica Literaria (Sucre, 1891-1892), la Sociedad Ricardo Mujía, dedicada al estudio de la literatura y la geografía (Sucre, 1893-1894), el Club de la Juventud (Potosí, 1876)⁶⁶ y la Sociedad Filarmónica; esto sin olvidar clubes de tipo político como el Club Liberal y Fusionista (Potosí, 1875-1877) y el Club Constitucional (1861), compuesto por militares. Lejos de ser exhaustiva, esta lista demuestra que estas prácticas gozaron de mucho prestigio y se convirtieron en hábito común, por lo menos en las capas más elevadas.

⁶² *La Patria*, 06.01.1882; énfasis propio.

⁶³ Ibid. 25.02.1882.

⁶⁴ Kurmi Soto Velasco, “Élites letradas y cultura científica”. *Revista de Indias*, LXXXIII, no. 289 (2023a), 745-775.

⁶⁵ La Sociedad Dramática Achá de Jóvenes Aficionados (1876) también tenía como objetivo el cultivo del teatro. Otras, como la Sociedad Progresista de La Paz (1882-1884), hacían del ejercicio dramático una parte importante de los objetivos de su asociación y motivaban a los *amateurs* a que pusieran en escena obras de autores contemporáneos.

⁶⁶ En todos los casos, las fechas entre paréntesis indican el año de publicación de sus revistas.

El éxito y la continuidad de estas prácticas quedaba probado en la velada literaria del 24 de mayo de 1893 celebrada en Potosí en honor al aniversario de Chuquisaca y animada por el Centro de Estudios de la ciudad. Su principal impulsor, Modesto Omiste, ya había fundado importantes círculos como el Club de Potosí (1885), frecuentado por respetados autores locales como Aníbal Quijarro y Macedonio Araujo, también colaboradores del periódico *El Tiempo*. Y, para finales de siglo, consolidaba sus ambiciones en aquel cenáculo especialmente pensado para los preparativos del cuarto centenario del descubrimiento de América y la participación de Bolivia en la Exposición Universal de Chicago (1892), para la cual prepararon especialmente una monografía del departamento. Un año después, el homenaje que presentaban para el departamento vecino venía a confirmar la solidez del grupo, así como su voluntad de especializarse en asuntos relacionados con la historia y la geografía nacionales.

| |
|--------------------------------------|
| Dr. Modesto Omiste, presidente |
| " Ángel C. Valda, vicepresidente |
| " Luis F. Manzano, tesorero |
| " José M. Aponte |
| " Juan M. Saracho |
| " Jermán Zambrana |
| " Eliodoro Villazón |
| " Demetrio Calvimonte |
| " Nicanor F. Careaga |
| " Gregorio Díaz |
| " José David Berrios |
| Dn. Juan José Montero |
| " Pastor Reynolds |
| " Macedonio Araujo |
| " Samuel Inarra |
| " Donato Dalence |
| " Juan de Dios Ameller |
| Dr. Rufino Calderón |
| " Néstor Denevil Morales, secretario |
| Dn. Juan W. Chacón, secretario |

Cuadro 2
Centro de Estudios Potosí
Fundado el 12 de octubre de 1891

Nómina de socios fundadores y activos

Fuente: Monografía del departamento de Potosí. Potosí: *El Tiempo*, 1892

Finalmente, es necesario señalar la importancia que tuvieron las haciendas en este contexto de modernización y difusión de las formas de sociabilidad literaria. Como la cuestión no ha sido analizada a cabalidad, aquí simplemente propongo algunas hipótesis a partir del ejemplo de Cotaña, situada a los pies del Illimani. Esta finca, junto con Cebollullo, era antiguamente propiedad de los Ballivián y luego pasó a manos de Pedro José de Guerra⁶⁷ para convertirse, en el siglo XIX, en un punto de encuentro para personalidades de lo más variadas. Entre sus ilustres huéspedes se contaba a José Joaquín Mora (que residió en Bolivia entre 1831 y 1838)⁶⁸ o a Bartolomé Mitre, quien, en su retiro por la zona, escribió la novela *Soledad* (publicada en 1847). Y, más tarde, en pleno auge de los viajeros decimonónicos, recibió a científicos polémicos como Rudolf Falb y Charles Wiener. El primero mencionaba la “lindísima y hospitalaria” hacienda en la que se quedó por siete semanas y donde pudo desarrollar algunas de sus teorías expuestas en su calendario de 1879;⁶⁹ mientras que el segundo dejó un testimonio de su estancia en el capítulo XXIII de la primera parte de *Perú y Bolivia. Relato de viaje* (1880), en el que describía el lugar en los siguientes términos:

[...] un soberbio palacio en medio de un parque maravilloso. Nada es más bello y extraño a la vez que la gran avenida, con los árboles majestuosos que dan acceso a la mansión, los naranjos y los limoneros, alineados delante de la fachada principal, los bosquecillos de bananas plantados aquí y allá, todo un conjunto de vegetación tropical frente a las nieves eternas y la espantable desnudez del Illimani, cuyos tres principales picos, los Cóndores Blancos y el Achoocpaya, se destacan luminosos en el cielo azul, transparente como el zafiro.⁷⁰

De esa expedición también quedó una serie de fotografías tomadas por el alemán George von Grumbkow (figuras 1 y 2), una de ellas mostraba la “gran avenida” que fungía como entrada y la otra era de la escalinata principal, en la que posaban varios individuos, incluidas mujeres (aunque, en la versión reproducida en el libro de Wiener, estos personajes desaparecieron). Asimismo, en el *Alpine Journal* de agosto de

⁶⁷ Este personaje resultaba fascinante por sí mismo. Hombre de Estado cercano a los Ballivián, letrado, diplomático y jurista, sin duda, su presencia en la zona fue vital para la animación cultural de la zona.

⁶⁸ Junto con el dueño de Cotaña, fundaron la Sociedad Filológica en La Paz. Según Luis Monguió, “la constituían veintidós de los más distinguidos habitantes de la ciudad al objeto de recibir las lecciones en lenguas extranjeras y literatura” (Luis Monguió, *José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos* [Castalia, 1967], 200).

⁶⁹ Rudolf Falb, *Almanaque Falb. Segundo año* (Imprenta de la Unión Americana, 1879), 16.

⁷⁰ Charles Wiener, *Perú y Bolivia. Relato de viaje* (Instituto Francés de Estudios Andinos, 1993 [1880]).

1899, sir Martin Conway realizaba un reporte sobre sus expediciones en los Andes un año antes, mencionando, como Wiener, la belleza del lugar y la hospitalidad de su anfitrón:

We were hospitably entertained at the farmhouse or hacienda of Cotaña, a most beautiful place buried in eucalyptus trees and surrounded by orchards. The sight of the snowy summit of Illimani beheld through the blossoming peach trees was one I shall never forget. From Cotaña, accompanied by Señor Ezekiel Guillen, jun., we rode to a higher farmhouse, named Caimbaya, where we were enabled to enlist the unwilling services of four or five Indians.⁷¹

Al parecer, Cotaña se encontraba fuertemente interconectada con otros puntos de la zona de Río Abajo, en las afueras de la ciudad de La Paz, como Guaricana y Guaycasi, y siempre había sido un lugar de paso excepcional y un refugio durante épocas de conflicto. La presencia de importantes figuras en el área animó estas haciendas y, por ejemplo, “en Cebollullo se hacían, en presencia de [José] Ballivián, el dueño, tertulias durante su presidencia [1841-1847], así como fiestas campestres, donde los exiliados argentinos, como Mitre, [Wendeslao] Paunero o [Félix] Frías, eran asiduos”.⁷²



Figura 1

⁷¹ Josep Conway, “Climbs in the Andes, 1898”. *The Alpine Journal*, núm. 19 (1899): 510.

⁷² Pol Colàs, “Félix Frías y el giro a los Orientes bolivianos de José Ballivián”, *Revista de Indias*, LXXI, no. 283 (2021): 817, nota 99. Humberto Vasquez-Machicado ha estudiado la impronta que dejaron estos migrantes argentinos durante los primeros años de la república.

Avenida principal de la hacienda de Cotaña (1877).

Fotografía de Georges B. von Grumbkow

Fuente: Museo de Arte de Lima



Figura 2

Entrada de la hacienda de Cotaña (1877)

Fotografía de Georges B. von Grumbkow

Fuente: Buck, 2000: 12

La existencia de estas prácticas de sociabilidad científica y literaria en los alrededores de una urbe en crecimiento como La Paz (que, recordemoslo, todavía no fungía como capital) merece una atención más detenida que no corresponde a este trabajo. Pero basta con subrayar su relevancia y su particularidad frente a modelos europeos. Además, su estudio podría, eventualmente, demostrar continuidades entre las formas de sociabilidad coloniales y las republicanas. Por ejemplo, no era un azar que su actividad hubiese ido en decadencia con el transcurso del tiempo hasta ser olvidada, pues ya durante la década de 1860, el propietario de Cotaña, Pedro José Domingo Guerra, reclamaba los intentos de confiscación y los problemas legales a los que estaba sometido el lugar, así como los Ballivián durante los años de 1880. Los avatares de la política, la incertidumbre y las constantes campañas de expropiación en función del gobierno de turno, sin duda, jugaron un papel importante en la desestructuración de estos espacios paralelos que, además, se encontraban lejos de la eventual supervisión que podría ejercer el Estado central.

Asimismo, estas actividades alentaríaían el surgimiento de asociaciones científicas que luego se vincularon con exploradores extranjeros. El interés por la arqueología y por las lenguas locales motivó la llegada de viajeros de distintas partes del mundo que supieron apoyarse e incluso servirse de las investigaciones locales. Un caso paradigmático es el mal uso de información por parte de Wiener, que habría sustraído

las Analogías filológicas de la lengua aymará [sic] del cura de Sicasica, Isaac Escobari, para hacerlas pasar por suyas. En tal sentido, Escobari publicó una versión en francés dedicada a la Sociedad de Arqueología y Numismática de París. Asimismo, durante su estadía en Bolivia, tanto Ernst Middendorf (1887-1890) como Max Uhle (1893-1896) se relacionaron con los aymaristas, que se encontraban en plena recomposición de su círculo tras la defunción de José Rosendo Gutiérrez en 1881. Este espacio había estado funcionando gracias a los esfuerzos de varios intelectuales y, en especial, Carlos Bravo, quien tomó la batuta hasta su muerte en 1902. Por lo tanto, el siglo XX se abría con una clara especialización de estas asociaciones y con una evidente vocación histórica y lingüística en parte explicable por el surgimiento del americanismo tanto en Europa como en Estados Unidos.

Conclusión

En su “Introducción al estudio de los poetas bolivianos”, Gabriel René-Moreno constataba que los autores bolivianos debían enfrentar un sinnúmero de condiciones adversas que hacían del ejercicio literario un oficio difícil, que tenía que combinarse con una infinidad de ocupaciones, sobre todo políticas. En este complejo panorama, surgían personalidades aisladas “sin agruparse para formar alguna especie de gremio, cada uno en su ciudad, dentro del círculo de sus relaciones meramente privadas, algunos sin conocerse ni tratarse, casi siempre sin un órgano adecuado que les sirva”.⁷³ Eso decía en 1864, como un preámbulo a varias semblanzas que había estado preparando desde 1858, por encargo del Círculo de Amigos de las Letras, animado por José Victorino Lastarria y frecuentado por figuras como Miguel Luis Amunátegui. Algo similar constataba Santiago Vaca Guzmán en *La literatura boliviana. Breve reseña* cuya segunda edición fue publicada en Buenos Aires el año 1883, pues admitía que las personalidades literarias bolivianas eran solitarias en general y que difícilmente se agrupaban de manera orgánica y sistemática.⁷⁴

A pesar de que, para su época, René-Moreno y Vaca Guzmán podían tener hasta cierto punto razón, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, las prácticas asociativas se fueron intensificando en Bolivia hasta constituir un verdadero aliciente para la producción no solo literaria, sino también científica. Este tipo de reuniones significó la creación de espacios ligados a las artes y a la producción y difusión de conocimiento frente a la ausencia de una institucionalidad fuerte capaz de proponer un marco oficial.

⁷³ Gabriel René-Moreno, *Estudios de literatura boliviana* (Juventud, 1989 [1864]), 65.

⁷⁴ Santiago Vaca Guzmán, *La literatura boliviana. Breve reseña*, Pablo E. Coni, 1883.

El caso del Instituto Nacional y las dificultades para su implantación son un ejemplo que contrastaba con la emergencia de asociaciones impulsadas por voluntades personales. A pesar de su inevitable condición efímera, aquellos espacios marcaron las discusiones del momento y constituyeron incentivos valiosos para la creación poética. Entender a sus actores dentro de dinámicas asociativas permite, entonces, considerar a los escritores del siglo XIX como parte de redes intelectuales y, por lo tanto, como parte de diálogos y de relacionamientos que conectaban sus obras.

Fecha de recepción: 15/06/2025

Aceptado para publicación: 03/01/2026

Referencias bibliográficas

- , “De la política antigua a la política moderna: Invenciones, permanencias, hibridaciones”. En: *19th. International Congress of Historical Sciences*. Universidad de Oslo, 6-13, 2000.
- , “Introduction. ¿La sociabilité est-elle objet d’histoire?”. En: Étienne François (ed.), *Sociabilité et société bourgeoise en France, en Allemagne et en Suisse, 1750-1850*. Éditions Recherche sur les Civilisations, 1987.
- , “La ‘sociabilidad’ y la historia política”. En: VV. AA., *Conceptuar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador*. Instituto Mora, 419-460, 2004.
- , “La alquimia democrática. Ciudadanos y procedimientos representativos en Bolivia (1825-1879)”. *Histórica*, XXXII, núm. 2, 35-71, 2008.
- , “La Sociedad de Historia y Geografía de Cochabamba”, *Presencia Literaria*, 1972b.
- , “Literatura injuriosa y opinión pública en Santiago de Chile durante la primera mitad del siglo XIX”. *Estudios Pùblicos*, núm. 76, 233-262, 1999.

---, “Presentación. Dossier: Sociabilidades culturales en Buenos Aires, 1860-1930”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 16, 161-166, 2012.

---, “Sociabilidad en tiempos bélicos. Asociaciones intelectuales bolivianas durante la guerra del Pacífico (La Paz, 1881-1884)”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 27, 69-87, 2023b.

Agulhon, Maurice, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*. Siglo Veintiuno, 2009.

Barnadas, Joseph, *Diccionario histórico de Bolivia*. Grupo de Estudios Históricos, 2002.

Bruno, Paula, *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*. Universidad Nacional de Quilmes, 2014

Canal, Jordi, “Historiografía y sociabilidad en la España contemporánea: Reflexiones con término”. *Vasconia*, núm. 23, 11-27, 2003.

Chartier, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Gedisa: Barcelona, 2005.

Colàs, Pol, “Félix Frías y el giro a los Orientes bolivianos de José Ballivián”. *Revista de Indias*, vol. LXXXI, núm. 283, 799-831, 2021.

Conway, Martin, “Climbs in the Andes, 1898”. *The Alpine Journal*, vol. 19, 509-523, 1899.

Demélas, Marie-Danielle, “Darwinismo a la criolla”. *Historia Boliviana*, núms. 1-2, 55-82, 1981.

Díaz, José Luis, “Présentation”. *Revue d’Histoire Littéraire de la France*, vol. 110, núm. 3, 515-520, 2010.

Donoso, Vicente, “La Sociedad Geográfica de La Paz”, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1949.

Falb, Rudolf, *Almanaque Falb. Segundo año*. Imprenta de la Unión Americana, 1879.

Frontaura Argandoña, Manuel, “Benemérita Sociedad Geográfica de La Paz”, *Presencia Literaria*, 1972a.

Gayol, Sandra, “Sociabilidad”. En: Hugo Biagini y Arturo Roig (dirs.), *Diccionario del pensamiento alternativo*. Biblos / Universidad Nacional de Lanús, 495-497, 2008.

González-Bernaldo, Pilar, “Sociabilidad y regímenes de lo social en sociedades post-imperiales: Una aproximación histórica a partir del caso argentino durante el largo siglo XIX”. En Santiago Castillo y Montserrat Duch (coords.), *Sociabilidades en la historia*. La Catarata / Asociación de Historia Social, 213-234, 2015.

Guerra, François-Xavier (dir.), *Las revoluciones hispánicas: Independencias americanas y liberalismo español*. Editorial Complutense, 1995.

Guerra, François-Xavier, “‘Voces del pueblo’. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)”. *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 225, 357-384, 2002.

Guerra, François-Xavier; Annick Lempérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica: Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos / Fondo de Cultura Económica, 2008.

Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Gustavo Gili, 1994. [1962]

Irurozqui, Marta, “Muerte en El Loreto. Ciudadanía armada y violencia política en Bolivia (1861-1862)”. *Revista de Indias*, LXIX, núm. 246, 129-158, 2009.

Mendieta, Pilar, *Construyendo la Bolivia imaginada. La Sociedad Geográfica de La Paz y la puesta en marcha del proyecto de Estado-nación, 1880-1925*. Instituto de Investigaciones Históricas, 2017.

Monguió, Luis, *José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos*. Castalia, 1967.

Poblete, Juan, “Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: la novela y las costumbres nacionales en el siglo XIX”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, núm. 52, 11-34, 2000.

René, Moreno, Gabriel, *Estudios de literatura boliviana*. Juventud, 1989.

Sábato, Hilda, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: Prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)”. En: Carlos Altamirano y Jorge Myers (eds.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. 1. Katz, 2008.

Sirinelli, Jean-François, ¿“Le hasard ou la nécessité? Une histoire en chantier: L’histoire des intellectuels”. *Vingtième Siècle, Revue d’Histoire*, núm. 9, 97-108, 1998.

Soto Velasco, Kurmi, “Élites letradas y cultura científica”. *Revista de Indias*, vol. LXXXIII, núm. 289, 745-775, 2023a.

Vaca Guzmán, Santiago, *La literatura boliviana. Breve reseña*. Pablo E. Coni, 1883.

Valdés, Julio César, *Instituto Nacional. Colocación de la piedra fundamental*. Imprenta de *La Razón*, 1888

Villalobos, Rosendo, “Letras bolivianas”. En: Abel Alarcón (comp.), *Bolivia en su primer centenario*. República de Bolivia, 263-288.

Wiener, Charles, *Perú y Bolivia. Relato de viaje*. Instituto Francés de Estudios Andinos, 1993. [1880]